

Epifanía del Señor

Domingo 3 de enero de 2021 (en Japón)

Mario Yamanouchi Michiaki

Obispo de la diócesis de Saitama

***“Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo”(Mt2,2)***

Celebramos hoy la solemnidad de la Epifanía. Según la liturgia de la Iglesia, esta fiesta se celebra el día 6 de enero, pero por motivos pastorales, se celebra, en el segundo domingo del tiempo de Navidad que se concluye con el domingo del Bautismo del Señor. Luego, después de algunos domingos que corresponde al tiempo ordinario, con el Miércoles de Ceniza, se inicia el tiempo de Cuaresma. La fiesta que hoy celebramos es una fiesta muy antigua, que tiene su origen en el Oriente cristiano y pone de relieve el misterio de la manifestación de Jesucristo a todas las naciones, representadas por los Magos que acudieron a adorar al Rey de los judíos nacido en Belén, como narra el Evangelio de san Mateo (2, 1-12).

**Jesús es la “nueva luz” que ilumina y atrae**

La “luz nueva” que se encendió en la noche de Navidad, comienza a brillar hoy sobre el mundo, como sugiere la imagen de la estrella, un signo celestial que atrajo la atención de los Magos y los guió en su viaje hacia Judea.

Todo el período de Navidad y Epifanía se caracteriza por el tema de la luz, vinculado al hecho de que, en el hemisferio norte, después del solsticio de invierno, el día vuelve a alargarse con respecto a la noche. Pero, más allá de su posición geográfica, para todos los pueblos vale la palabra de Cristo: “Yo soy la luz del mundo”. El que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12).

Jesús es el sol que apareció en el horizonte de la humanidad para iluminar la existencia personal de cada uno de nosotros y para guiarnos a todos juntos hacia la meta de nuestra peregrinación, tierra de la libertad y de la paz, en donde viviremos para siempre en plena comunión con Dios y entre nosotros.

**Segunda y primera lectura de hoy**

El anuncio de este misterio de salvación fue confiado por Cristo a su Iglesia. Ese misterio, escribe san Pablo, “ha sido revelado ahora por el Espíritu a sus apóstoles y profetas; que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Jesucristo, por el evangelio” (Ef 3,5-6).

En la primera lectura, la invitación que el profeta Isaías dirigía a la ciudad de Jerusalén se puede aplicar a la Iglesia: “¡Levántate y resplandece, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad, los pueblos; pero sobre ti amanecerá el Señor y su gloria se verá sobre ti” (Is 60,1-2).

Es así como dice el profeta: el mundo, con todos sus recursos, no es capaz de dar a la humanidad la luz para orientarla en su camino. Lo constatamos en nuestros días: la civilización occidental parece haber perdido la orientación, navega a tientas. Pero la Iglesia, gracias a la Palabra de Dios, ve a través de estas nieblas. No posee soluciones técnicas, pero tiene la mirada dirigida a la meta, y ofrece la luz del Evangelio a todos los hombres de buena voluntad, de cualquier nación y cultura.

**Buscar a Dios en medio de la oscuridad del mundo.**

**¿Cómo hacerlo? Tres actitudes necesarias.**

Los Magos de Oriente perseveraron en la búsqueda de Dios. Y nos enseñan que no hay técnicas ni métodos que conduzcan automáticamente hacia Dios. Pero sí hay actitudes y gestos que nos pueden disponer a prepararnos al encuentro con Dios. Más aún, las palabras más bellas y los discursos más brillantes sobre Dios son inútiles si cada uno no nos abrimos al misterio de Dios.

Lo más importante para orientarnos hacia Dios es invocarlo desde el fondo del corazón a solas, en la intimidad de la propia conciencia. Es ahí donde uno se abre confiadamente al misterio de Dios o decide vivir solo, de forma atea, sin Dios. Por ejemplo, Charles de Foucauld y otros no creyentes iniciaron su búsqueda de Dios con esta invocación: "Dios, si existes, muéstrame tu rostro". Esta invocación humilde y sincera en medio de la oscuridad es, probablemente, uno de los caminos más puros para hacernos sensibles al misterio de Dios.

Para orientarnos hacia Dios, también es importante eliminar de la propia vida aquello que nos está impidiendo encontrarnos con Dios. Por ejemplo, si no tiene la pretensión de saberlo todo y de haber comprendido ya el misterio último de la realidad, del ser humano, de la vida y de la muerte, es difícil que busque de verdad a Dios. Si alguien se encierra en su propio egoísmo y solo siente desamor e indiferencia hacia los demás, será muy difícil abrirse a un Dios que es amor.

Y como tercer actitud, es muy importante mantener el deseo, de perseverar en la búsqueda, seguir invocando y de saber esperar. No hay otra forma de caminar hacia el Misterio de quien es la fuente de la vida.

El relato de los magos destaca de muchas formas su actitud ejemplar en la búsqueda de Dios. Estos hombres se pusieron en camino hacia el misterio. Supieron preguntar humildemente para superar los momentos de oscuridad, perseveraron en la búsqueda y encontraron a Dios, encarnado en la fragilidad de un ser humano, recién nacido y recostado en un pesebre.

### **Intercesión de la Virgen María y San José**

Que la Virgen María, Estrella de la evangelización, nos ayude a llevar a cabo juntos la misión de ser luz del mundo, con la palabra y el testimonio de nuestra vida y no dejemos de pedir a San José, patrono de la Iglesia, su protección, a lo largo del nuevo año que hemos iniciado, aún en medio de lucha para superar la crisis que ha provocado el coronavirus.

### **Oraciones**

- Para que como los magos tengamos el corazón abierto, dispuestos a descubrir en los acontecimientos de la historia, la presencia renovada de Dios que nos pide que no cansemos de buscar los caminos de la paz, en diálogo con las demás religiones. Roguemos...
- Dios, Padre nuestro: el relato evangélico nos narra que en un día como éste Jesús fue reconocido por unos magos venidos de Oriente en su búsqueda; haz que quienes te buscan, encuentren y sigan las estrellas que Tú pones en su camino, y quienes ya te hemos encontrado podamos contemplar un día, cara a cara, la gloria de tu rostro. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.